

HOMILÍA FUNERAL HERMANO JOSÉ PRADA LASHERAS

San Asensio, 11.03.2019

Hno. Juan Carlos Orús, Visitador Auxiliar.

Textos de la liturgia de la Palabra: Sabiduría 2, 1-5. 21-23 / Salmo 26, 1.4.7, 8b, 9a, 13-14 / Mateo 25, 31-46

Estimados hermanos y familiares del Hermano José, amigos, Hermanos y lasalianos todos:

Nos hemos reunido para despedir a nuestro Hermano, convocados por la fe en Jesús Resucitado, que nos invita a vivir estos momentos con esperanza y alegría, porque José está ya en las manos del Dios Amor, en cuya presencia siempre caminó.

Nos encontramos en cuaresma: *“acuérdate que eres polvo y en polvo te convertirás”* hemos oído muchas veces al recibir la ceniza, al inicio de este tiempo litúrgico. La ceniza tiene un sentido simbólico de muerte, caducidad; recibirla significa reconocer la propia fragilidad y mortalidad, que busca ser redimida por la misericordia de Dios. Porque, como hemos escuchado en la primera lectura, *“nuestro respiro es humo, y el pensamiento, chispa del corazón que late; cuando esta se apague, el cuerpo se volverá ceniza, y el espíritu se desvanecerá como aire tenue”*. Y así ha ocurrido con nuestro Hermano José.

Pero al imponer la ceniza también se nos exhorta a la fe: *“conviértete y cree en el Evangelio”*. El texto del libro de la Sabiduría nos ha dicho que quienes conocen los secretos de Dios (como nuestro Hermano José) esperan el premio de la virtud y de la vida intachable, porque Dios creó al hombre para la inmortalidad, a imagen de su propio ser. Ellos escucharán la llamada definitiva: *“Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo”*.

En Cuaresma resuena la llamada de Dios al cambio, hacia una vida nueva, en el encuentro con su amor que se hace perdón. Es, en realidad, un camino a recorrer durante toda la vida, en el que encontramos soledad, dolor y muerte, pero también encuentros, entrega y donación, y que culmina en vida plena, resurrección. Nuestro Hermano ha hecho suyo este camino a lo largo de toda su vida, fiel a su vocación cristiana y lasaliana; ahora, el tiempo de la gracia y de la misericordia ha llegado para él. Por eso este es un momento para alegrarnos con él y dar gracias a Dios.

Orgulloso de ser treviñés, nació en San Esteban (Burgos) en 1926, el primero de seis hermanos. De sus progenitores, Luciano y Aurelia, decía que no les dejaron *“muchos millones ni feraces tierras, pero sí rica herencia de religiosidad, laboriosidad y honradez”*. De ese ambiente de piedad, austeridad y alegría que se respiraba en su casa, en la Parroquia y en la Escuela de Pangua, brotó su vocación, en una familia lasaliana: invitado a sus 14 años por el H. Ricardo, de Bujedo, llegó en 1940 a La Salle-enea de Irún, junto con su primo Francisco Ochoa, acompañados por el H. Gregorio Andrés, tío de ambos. Sin olvidarnos de nuestro H. Teodoro Sáez, presente entre nosotros, también primo suyo.

Realizó toda su formación inicial en Irún, donde tomó el hábito y emitió, en 1943, sus primeros votos. Tras terminar el Escolasticado, obtuvo el Magisterio de la Iglesia, el Curso

Medio en Ciencias Sagradas y el Magisterio del Estado, como Auxiliar en Letras. Nunca abandonó su formación permanente: segundo noviciado, CELTE..., además de su lectura espiritual habitual. Su profesión perpetua la realizaría en Bilbao, en 1951, de comunidad ya en el colegio de N^a S^a del Rosario de Deusto.

La proximidad de la Pascua nos recuerda cómo se entrecruzan la Vida y la muerte en nuestro caminar por la vida; así fue sin duda el itinerario de nuestro H. José, vivido en plenitud y fidelidad a lo largo de sus más de 75 años de vida religiosa como Hermano de La Salle, construyendo un pequeño pero valioso tramo en el gran camino de los 300 años lasalianos que estamos celebrando este curso.

Deusto fue su primera comunidad, en la que estuvo durante 17 años, en dos etapas; ocasión excelente de aprendizaje como educador y como Hermano de Comunidad, sin duda. Vivió estancias más breves en Andoain, Iturribide y Gallarta, donde fue Director de 1966 a 1968. Es la Escuela de la que guardaba mejor recuerdo, la consideraba como la más pobre y marginada de todas por las que había pasado, alababa a familias y alumnos y lamentó profundamente su cierre.

Tras pasar un curso (1968-69) en el Aspirantado de San Asensio como Subdirector, con el H. León Manchola como director, continuó allí mismo tres años más como director de la Casa y de la comunidad de la Sagrada Familia, una responsabilidad a la que se entregó en alma y cuerpo y que no dejó de hacerle sufrir y quitarle el sosiego

Estancias luego en La Salle–San Sebastián, La Salle–Enea de Irún (como Subdirector), Colegio La Estrella de San Asensio, hasta dar el salto a su querido Montemolín de Zaragoza, donde permaneció veinte años consecutivos (1980 – 2000). Allí dio clase hasta 1996, año en que cumplió los 70, edad tope legal de entonces. Pero continuó dedicando su tiempo a Centro y Comunidad: como recepcionista, en la reprografía y en la librería escolar, administrador de la comunidad... e incluso ayudante del H. Saturnino en sus tareas de Vicepostulador en la causa de beatificación del H. Adolfo Lanzuela.

Son casi 55 años de vida entregada con ilusión a las escuelas cristianas como profesor y tutor, concienzudo, metódico y exigente, atendiendo la formación humana y cristiana de sus alumnos (por quienes era muy apreciado), a través de las asignaturas que preparaba e impartía con entusiasmo y también a través de la cuidada enseñanza del Catecismo y la siempre presente reflexión de la mañana. Sin olvidar su dedicación a otros ámbitos de la pastoral de sus tiempos: Antiguos Alumnos, Congregación Mariana, Cruzados eucarísticos, Tarsicios...

En comunidad, los Hermanos que gozaron de su presencia hablan de un Hermano alegre y feliz, religioso fino y cumplidor, piadoso e íntegro, laborioso y equilibrado, de carácter agradable sin dejar de ser fuerte, delicado y atento con sus Hermanos de comunidad, sacrificado y entregado como Director o Subdirector de comunidad cuando lo fue y siempre obediente y bien dispuesto para con los requerimientos y solicitudes de sus HH. Directores.

En el año 2000 se incorporó a esta comunidad de la Sagrada Familia, donde ha permanecido hasta su fallecimiento, siempre amable, servicial y disponible conforme a sus posibilidades

(desde su dedicación a la recepción y teléfono o su preparación y participación en oraciones y eucaristías comunitarias, hasta sus paseos por el pasillo acompañando al H. Miguel Ángel...).

Gracias, a los Hermanos responsables de la casa y enfermería de La Estrella, y a todo el personal de la misma, que habéis atendido al Hermano en estos 20 años, especialmente en sus momentos de mayor debilidad. Gracias, a los Hermanos de su Comunidad que habéis estado atentos a sus necesidades. Gracias, a los familiares y amigos que le habéis acompañado en su camino.

El evangelio que hemos escuchado nos proporciona la clave de su existencia, de la de todos: la vida consiste en amar, pero se trata de un amor materializado en hechos concretos de acogida y misericordia, de solidaridad y servicio, especialmente hacia nuestros hermanos más pequeños; es ese amor el puente que nos permite pasar de la muerte a la vida: *“al atardecer de la vida nos examinarán en el amor”*.

La celebración de la vida de nuestro Hermano es una invitación a examinar y profundizar en la nuestra, para darle un cambio radical: no vivirla desde el egoísmo y la ambición, sino desde el amor y la generosidad. Para quienes seguimos a Jesús como *“camino, verdad y vida”* la cuaresma es una invitación al encuentro con nosotros mismos, con los hermanos, con Jesús y con Dios mismo, en última instancia. Al renovar en la eucaristía el memorial de la Pascua del Señor pidámosle la fuerza para recorrer su camino, ofrezcamos nuestras personas para servir a los más pequeños, comprometámonos a compartir nuestros talentos con quienes caminan junto a nosotros.

Nuestro Hermano José fue consciente estas últimas semanas de la llamada a dar el último paso en su caminar, llamada que ha vivido con confianza (*“El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?”*), paso que ha dado con entrega, como culminación de su respuesta vocacional al Señor, haciendo suyas las últimas palabras de Juan Bautista de La Salle (*“Adoro en todo la voluntad de Dios para conmigo”*).

Hermano José, hoy, en esta cuaresma primaveral, puedes poner en tu boca las palabras del poeta (Pedro Casaldáliga) y decirnos con gozo:

*“Abro mi cruz, mis brazos,
a todo lo que venga.
Ahora, hermanos, respiro a Dios,
lo huelo a campo abierto.
Y callo, bajo el sol de su presencia,
como un niño dormido.
Ahora Dios me abraza enteramente.”*

Hermano y amigo, goza de la dicha del Señor en el país de la vida, descansa a la luz de su rostro.